



LA INSPIRACIÓN DIVINA
DE LAS
SAGRADAS ESCRITURAS



La inspiración divina de las Sagradas Escrituras

SOCIEDAD BIBLICA TRINITARIA **ARTÍCULO 116**

La inspiración divina de las Sagradas Escrituras

“Toda Escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra.”

2 Timoteo 3:16, 17

“Porque la profecía no fue en los tiempos pasados traída por voluntad humana, sino los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo.”

2 Pedro 1:21

Sociedad Bíblica Trinitaria – Artículo 116

La palabra inspirada

“Toda Escritura es inspirada
divinamente...”

2 Timoteo 3:16

El siguiente análisis sobre la inspiración de las Escrituras ha sido compilado a partir de los escritos de J. W. Burgon, L. Gaussen, J. Urquhart, J. C. Ryle y A. A. Hodge por T. H. Brown, antiguo presidente de la Sociedad.

La Sociedad Bíblica Trinitaria afirma que las Sagradas Escrituras han sido dadas por inspiración divina, y por lo tanto constituyen la regla única, suprema e infalible para la fe y su puesta en práctica. No intentamos explicar *de qué modo* el Espíritu de Dios obró para garantizar que se nos entregara un Libro absolutamente preciso, sino que las Escrituras ponen en claro que el Espíritu Santo lo ha hecho posible. Los caminos de Dios son “inescrutables”, y no es discordante con la Divina sabiduría el hecho de confrontarnos con el *resultado* de Su obra sin hacernos conocer el *método*. Una excelente definición cristiana evangélica de la inspiración es: “La influencia sobrenatural del Espíritu de Dios en la mente humana, mediante la cual los profetas, los apóstoles y los redactores sagrados fueron capacitados para exponer la Verdad Divina sin mezcla alguna de error”.

J. W. BURGON:

Hubo un tiempo en que los arzobispos y obispos de la Iglesia de Inglaterra no se avergonzaban de expresar sus convicciones de este modo: “Todas nuestras esperanzas para la eternidad, el fundamento esencial de nuestra fe, nuestros consuelos más íntimos y apreciados, nos serían arrebatados si se declarara que una sola línea de ese Libro Sagrado no es fiel o confiable”. Estas palabras son una cita de la declaración unida de los obispos al obispo Colenso en 1863. La actitud de los cristianos hacia la Biblia es la de confianza implícita y profunda veneración, porque han tomado conciencia de que la Biblia es la Palabra infalible del Dios único y sabio.

Como actualmente muchos descartan esta perspectiva de la inspiración como absurda e insostenible, corresponde a los hombres y mujeres cristianos estar preparados para dar una razón para su profunda convicción de que su opinión es la única sensata y acorde a la Escritura. Quienes se oponen a la inspiración plenaria tienden a desecharla entre burlas, como si supusiera asumir que a los redactores se los hubiera controlado *mecánicamente*, y se los hubiera hecho receptores del *dictado* de un mensaje. Sin embargo, el absurdo está en el enfoque mental del crítico. La inspiración no supone un dictado. De hecho, se excluyen entre sí. El dactilógrafo que escribe cartas "*dictadas*" por otra persona, difícilmente diría que ha sido "*inspirado*". Según los redactores individuales de las Sagradas Escrituras, fueron "inspirados del Espíritu Santo", "el Espíritu entró en ellos", "el Espíritu del Señor habló por ellos", y les permitió hablar, "no con doctas palabras de humana sabiduría, mas con doctrina del Espíritu".

Milagros del Antiguo Testamento

Los académicos modernos a menudo son escépticos con respecto a los milagros y maravillas de la Biblia, y nos invitan a no tomar estas narraciones más que como un folclore piadoso. La tentación de nuestros primeros padres, el diluvio, la destrucción de Sodoma y el destino de la mujer de Lot, la zarza ardiente, las plagas que prepararon para el Éxodo, el cruce del Mar Rojo, el maná, la serpiente de bronce, el asna de Balaam, el derrumbe de las murallas de Jericó, la historia de Jonás y Daniel entre los leones, acontecimientos como éstos sobresalen de las páginas del Antiguo Testamento, y son recibidos ya fuere con admiración reverente, o bien se los repudia con incrédulo desprecio.

A estos milagros del Antiguo Testamento se los considera impedimentos para el reconocimiento de la inspiración y la autoridad de las Escrituras, pero no puede negarse que todos tienen confirmación y se los cita expresamente en el Nuevo Testamento. Uno u otro de los Apóstoles, o Nuestro Señor mismo, apela a ellos o explica cada uno de estos acontecimientos misteriosos y sobrenaturales. Por lo tanto, queda claro que los hombres deben reconocer a la Biblia como un todo, o rechazarla como un todo. No hay una postura intermedia: los que rechazan el diluvio, rechazan también el testimonio de Nuestro Señor y el de Pedro y Pablo con respecto a la realidad histórica de ese hecho. Los hombres que rechazan la historia del asna hablando con voz humana, rechazan también la autoridad del apóstol Pedro que se refiere a este milagro en 2 Pedro 2:16. Aquellos que descalifican a Jonás y el gran pez como una entretenida alegoría, descalifican también la autoridad del Hijo de Dios encarnado, que se refirió a la experiencia de Jonás como un hecho histórico y profético de Sí mismo.

El Nuevo Testamento en armonía con el Antiguo Testamento

El Nuevo Testamento mantiene un compromiso irrevocable con el Antiguo. Cada libro de la Biblia mantiene un compromiso con todos los demás libros. Nuestro Señor no sólo cita a la colección completa de escritos como la Ley, los Profetas y los Salmos, o simplemente como “la Escritura”, y estampa así Su sello sobre toda ella como inspirada y verdadera, sino que Él y Sus apóstoles parecen destacar los mismos acontecimientos que aparentan tener más probabilidades de ser cuestionados por la incredulidad, y los usan de modo tal de hacer que resulte imposible escapar de su realidad histórica. De esta manera parece que Dios ha posado Su mano sobre estos milagros para reivindicar su veracidad, y para asegurar que permanezcan como una parte esencial del entramado de Su Revelación.

Cuando comenzamos a investigar la estructura de la Biblia con este aspecto en perspectiva, nos vemos más y más sorprendidos ante la cantidad de citas y alusiones sistemáticas. La trama está perfectamente diseñada y ajustadamente tejida, de modo tal que ni una sola hebra sobra ni queda fuera de lugar. A la historia de *Balaam* en Números se alude en Deuteronomio, Josué, Miqueas, Nehemías, Pedro, Judas y Juan. El *Éxodo*, con las maravillas que lo acompañan, es mencionado en Josué, Jueces, Job y Salmos, en Amós, Isaías, Miqueas, Oseas, Jeremías y Daniel, en Reyes, Samuel y Nehemías, y repetidamente en el Nuevo Testamento. Los *evangelistas* se citan mutuamente muy a menudo, y las Epístolas citan a los Evangelios más de cincuenta veces. Pedro cita a Pablo una y otra vez.

El Génesis y Daniel se confirman en el Nuevo Testamento

En este siglo los académicos racionalistas se deleitan en referirse al carácter alegórico del principio del Génesis, pero en el Nuevo Testamento encontramos más de treinta referencias a los dos primeros capítulos del Génesis. Ciertas partes de Daniel han suscitado sospechas por parte de quienes no son capaces de creer que las profecías pueden anticiparse a la historia, pero el Señor Jesucristo cita de los mismos pasajes de Daniel que los escépticos modernos rechazan. Así los redactores sagrados dicen simplemente: Nos sostenemos o caemos juntos. Extienden sus manos y se estrechan con firmeza entre sí. Se reconocen mutuamente las voces, uno al otro interpretan sus pensamientos y adoptan sus dichos, y en medio de ellos está el Hijo de Dios, para sellar su testimonio con la autoridad del Suyo propio.

El testimonio de Nuestro Señor con respecto al Antiguo Testamento

Con el Nuevo Testamento en las manos podemos dar testimonio del Maestro mismo, ya que Él habitualmente entrega esas primeras Escrituras y en todas partes confirma su veracidad. Él acepta las profecías de Sus antiguos siervos, comenzando por Moisés, y declara que todas se han cumplido en Él. Señala muchos episodios de la historia sagrada y los confirma a todos, desde la primera página de la Biblia hasta los días de Elías y Eliseo. No alude simplemente al diluvio, sino que expresamente declara con respecto a los hombres en tiempos de Noé: “Vino el diluvio y llevó a todos”. Sopesa la culpa de Capernaúm frente a la de Sodoma, y corrobora la historia de la destrucción de las ciudades de la llanura. “Acordaos” –dice Él– “Acordaos de la mujer de Lot”

A la serpiente en el desierto, el milagro del maná, y Jonás en el gran pez los cita Él como historia real. La tentación de Eva, el cruce del Mar Rojo, el agua brotando de la peña golpeada, las murallas de Jericó, el asna de Balaam – todos ellos son confirmados por Pablo y Pedro. No sólo se ha aplicado el sello de Cristo y los apóstoles al Antiguo Testamento en general, sino que partes específicas de él fueron cuidadosamente localizadas y puestas fuera del alcance de la crítica al recibir por separado la misma impresión divina.

Además de citarse entre sí, los redactores del Nuevo Testamento citan a los redactores del Antiguo; interpretando sus dichos oscuros, aplicando sus mínimos detalles, apropiándose de su misma fraseología. Entre los diversos redactores existe una maravillosa simpatía y armonía. Fueron tan numerosos y tan distintos, y se extendieron a lo largo de un periodo tan prolongado, y sin embargo los atraviesa una sorprendente similitud de tema, alusión e ilustración, y uniformidad de tema que los caracteriza a todos.

El tema y el objeto son divinos

La razón y la explicación de todo esto es que estos muchos redactores se alimentaron de la misma pura fuente de inspiración divina. No había más que una Divina Providencia que influía en sus diversas revelaciones, y con carácter divino se ordenó que sus *muchos* libros debían finalmente ser unificados en *uno*. La Biblia revela una unicidad de propósito que puede descubrirse en cada libro, y que sólo pudo haber sido impuesta sobre la entera colección de libros por un poder y una sabiduría infinitamente superiores y mayores que las del hombre. Cristo –Su Persona gloriosa y eterna, Sus oficios, Sus atributos y Su misericordiosa obra de expiación y redención– Cristo es el tema unificador de todos ellos.

La Biblia profesa haber sido inspirada por el Espíritu Santo, y con respecto a esto difiere de todos los otros libros cuya existencia se conoce. Entrega extensos mensajes de Dios, cada uno precedido por una intensa indicación de su origen divino: “Así ha dicho Jehová”. La palabra “inspiración” no aparece a menudo en la Biblia, pero el lenguaje de los redactores se adscribe repetida y expresamente a Dios. El Antiguo Testamento no sólo es enfáticamente autorizado por Nuestro Señor Jesucristo, sino que Él lo asevera que en forma exclusiva da testimonio en su totalidad de los acontecimientos de Su encarnación. ¿El testimonio del Hijo Eterno no debe exigir un absoluto asentimiento y corroboración de nuestra parte?

La medida de la inspiración

Debemos por lo tanto exponer la inconsistencia de quienes, a la vez que pretenden admitir la inspiración de las Sagradas Escrituras, todavía argumentan que éstas contienen errores e imprecisiones. ¿Con qué autoridad se puede alegar que ciertas partes de la Biblia son veraces y otras no? No sabemos de ninguna lista preparada por los eruditos modernos para guiar al lector a través de esta perplejidad. Uno excluirá la *filosofía natural* de la esfera de la inspiración; otro excluirá los *hechos históricos* que no involucran a puntos de la fe o de su puesta en práctica; en tanto otro afirmará que el *razonamiento* de los redactores era el suyo propio. Uno alegará que no había inspiración alguna cuando el redactor trataba con acontecimientos comunes y cotidianos, o cuando los redactores tenían *lapsos de memoria* en cuestiones sin consecuencia. Otro asevera que la historia común, la cronología y la genealogía pueden eliminarse de la esfera de la inspiración, y así *ad infinitum*.

Pero uno tiene derecho a preguntar “¿Por qué?” ¿Por qué el redactor inspirado debería carecer de inspiración al aludir a fenómenos naturales? ¿Es que el Creador no está calificado para hablar de cosas “naturales” o creadas, y para inspirar a Sus siervos a escribir sobre ellas? Si la historia, las cifras, la cronología y las genealogías no son confiables, ¿podemos tener alguna confianza en los primeros diecisiete libros del Antiguo Testamento y en los cinco primeros del Nuevo? ¿Cuánto quedaría de los Profetas si elimináramos su historia, su razonamiento y sus alusiones a los episodios comunes de la vida cotidiana? No tenemos justificación alguna para asumir que la Biblia contenga ningún tipo de error, en temas de ciencia, de historia o de cualquier otra índole. ¿Dónde comienza la Verdad y termina la falsedad en el registro que nos ofrecen los eruditos racionalistas, y con qué medida de honestidad se podría llamar “la Palabra de Dios” a un registro tan imperfecto y errado? La Biblia no nos enseña nada sobre “grados de inspiración”; nos dice que *todo* ha sido inspirado. “Toda Escritura es inspirada divinamente.”

El lenguaje del Espíritu Santo

No ganamos nada con especular cuánto debe asignarse al “elemento humano” y cuánto al “elemento divino”. Es la Palabra de Dios. No debemos ser impacientes ante este divino misterio. No podemos inmiscuirnos entre el Todopoderoso y aquellos a quienes Él inspiró y descubrir simplemente el modo en que Él logró Su fin. Debemos estar satisfechos con que Él nos diga que todo tiene “la inspiración de Dios”. La Biblia es un Libro inspirado igualmente en su totalidad por el Espíritu de Dios. El lenguaje del Espíritu Santo es infalible. No osamos buscar errores en una colección de escritos cuyo autor es Dios. No osamos siquiera admitir la posibilidad de la existencia de algunas, muy pocas aseveraciones desconectadas de la religión o las enseñanzas morales, que podrían ser excepciones a la regla.

“La Palabra escrita y encarnada”

En el misterio de Su misma Persona Divina discernimos una analogía solemne que de manera útil demuestra el carácter único de la Palabra escrita. En la Persona única de Cristo hay una perfecta unión de la naturaleza humana y divina. En Apocalipsis 19:13 a Él se lo llama “el Verbo de Dios”, y ese nombre puede haber tenido la intención de recordarnos el paralelo que subsiste entre la Palabra escrita y la Encarnada. Es innegable que la Palabra escrita se destaca entre los libros tal como la Palabra Encarnada se destacó entre los hombres: con un carácter bastante único. En sus oficios y en su recepción en manos de los hombres; en sus dificultades y en sus perfecciones; en su apariencia de debilidad, y en su poder real, el Evangelio puede ilustrarse por una referencia a la historia de Aquel cuya vida, muerte y resurrección allí se exponen. Hay un paralelo impactante entre el elemento divino y el humano en las Escrituras, y la unión de las naturalezas divina y humana en el Hijo de Dios.

¿Cuál fue su experiencia con la Palabra Encarnada? ¿Su naturaleza divina estuvo alguna vez ausente? ¿Alguna vez estuvo presente menos que plenamente? ¿Era Él menos Hijo de Dios al estar sediento junto a la fuente, que al aplacar la tormenta? Si Él era el ungido del Señor cuando llamó a Lázaro a salir de la tumba, ¿acaso era menos ungido de Jehová cuando un momento antes se lo había visto llorar? El Crucificado era el Hijo de Dios, el Príncipe de la Vida, el Señor de la Gloria, el Dios mismo, manifiesto en la carne. Del pesebre a la cruz no tuvo pecado, falta, ni error, ni grande ni pequeño.

Apliquemos esto por analogía a la Palabra escrita. Reconozcamos que esto es también divino, igualmente inspirado por el Espíritu Santo en su totalidad, y que en ninguna parte carece del atributo de la inspiración, que en todos lados es perfecto e infalible, de su *alfa* a su *omega*. No hubo pecado ni imperfección en la humanidad del Señor, ni hay error ni inexactitud en la Palabra escrita.

No podemos explicar el *modo* en que estas dos naturalezas perfectas coexistían en la Persona de la Palabra Encarnada. Tampoco podemos discernir el modo en que en la Palabra escrita pueden existir lo humano y lo divino, unidos tan indisolublemente por Dios que el hombre no puede separarlos. El Salvador a algunos no les parecía para nada distinto de los hijos de los hombres. Fue por eso que se maravillaban ante Sus obras. Es lo mismo con la Biblia. Puede que los diversos libros nos recuerden los distintos caracteres de sus diversos autores humanos. Pero como Dios estaba presente dondequiera que estuviera Jesús de Nazaret, así el Espíritu de Dios está presente en toda la Escritura, impregnando cada una de sus palabras y letras. El tema varía de lugar en lugar: aquí una narración, allá una profecía que anuncia que proviene de la boca misma del Todopoderoso.

Del mismo modo diferían las obras del Hijo Encarnado: en una ocasión en todo aspecto como las acciones de los hombres comunes, y en otras una clara muestra del poder divino, una puesta al desnudo del brazo del Todopoderoso. La verdad esencial es ésta, que Dios estaba invariable y universalmente presente con y en la Palabra Encarnada, y que Dios está invariable y universalmente presente con la Palabra escrita. Es infalible en su totalidad porque en su totalidad es divina. Las visiones poco humanitarias de Cristo prevalecen allí donde están en boga las opiniones pobres sobre la inspiración. Los que niegan la inspiración de las Escrituras están siempre preparados para poner en duda la deidad de Cristo.

La infalibilidad y perfección de la Palabra

Reclamamos para la Biblia el atributo de infalibilidad absoluta porque consideramos que ha sido divinamente inspirada, y no podemos creer que ningún error pueda proceder de Dios. Creemos que esta inspiración se extiende a las palabras de la Biblia, ya que sin palabras no podría haber Escritura. No tenemos ninguna autoridad para limitar el alcance de la inspiración, pero tenemos autoridad explícita para asumir que las palabras han sido inspiradas, ya que importantes lecciones de la Escritura se articulan sobre la cita de una sola palabra. Si bien la división en capítulos y versículos fue obra de los hombres, no hay una base firme y lógica entre el rechazo absoluto de la Biblia y una admisión de que es en su totalidad la Palabra de Dios, divinamente inspirada en los contenidos de sus capítulos y párrafos, en sus oraciones y sus palabras, sílabas y letras. Las Escrituras constituyen un todo perfecto e infalible, y se las debe considerar perfectas e infalibles en hasta sus más mínimos puntos.

“No retengas palabra.”

L. GAUSSEN:

Testimonio de los apóstoles

Considérese el uso que hacen los mismos apóstoles de la Palabra de Dios, y los términos en que ellos la citan. Con qué atención sopesan cada palabra; con qué seguridad religiosa a menudo insisten en una única palabra, a fin de deducir de ella las más serias consecuencias y las doctrinas más fundamentales. Para nosotros mismos, confesamos que nada nos impresiona más fuertemente que esta perspectiva del tema; nada ha engendrado en nosotros una confianza tan profunda y firme en la total inspiración de las Escrituras.

Si tuviéramos conciencia de cualquier necesidad de nuestra parte de fortificar nuestra creencia en esta verdad, estamos seguros de que no necesitamos ir muy lejos en procura de evidencia. Sería suficiente para nosotros preguntar qué eran las Sagradas Escrituras a la vista de los apóstoles de Dios, y en qué medida ellos entendían que su lenguaje había sido inspirado. ¿Cuáles eran, por ejemplo, los sentimientos de Pablo al respecto? Porque no pretendemos ser teólogos más iluminados que los doce apóstoles. Fieles a la teología dogmática de Pedro y a la teología exegética de Pablo, entre todos los sistemas alguna vez derivados de la inspiración de las Escrituras, la de ellos es la que hemos resuelto decididamente preferir.

Escuchemos, entonces, al apóstol Pablo cuando las cita y pasa a comentarlas. Destaquemos con qué reverencia el apóstol se detiene sobre sus expresiones más mínimas, y con qué confianza espera la presentación de la Iglesia, mientras señala el uso de tal palabra en vez de tal otra, con qué erudición y afecto estruja cada partícula de una oración en sus manos, hasta que la última gota de significado ha sido extraída de ella.

Entre los muchos ejemplos que podríamos aducir, nos limitamos, a fin de ser breves, a la Epístola a los Hebreos.

Hebreos 2:8: Veamos cómo, tras citar estas palabras: “Todas las cosas sujetaste debajo de sus pies”, el autor sagrado argumenta desde la autoridad de la palabra “todas”.

Hebreos 2:12: Al citar del Salmo 22, argumenta a partir de la expresión “*mis hermanos*”, que al Hijo de Dios correspondía adoptar la naturaleza del hombre.

Hebreos 12:27: Citando al profeta Hageo, Pablo toma las palabras “*una vez más*” – “Aún una vez”.

Hebreos 8:8-13: Citando a Jeremías 31:31, argumenta a partir de la palabra “*nuevo*”.

Hebreos 7: Hace uso sucesivamente de las palabras del Salmo 110, deduciendo de ellas las doctrinas más elevadas: “Juró el Señor.

... Juró por su vida. ... Tú eres sacerdote. ... Tú eres sacerdote eternamente. ... Tú eres sacerdote según el orden de Melchisedec. ... Rey de justicia. ... Rey de

Salem". Se encontrará que la exposición de las doctrinas contenidas en estas palabras ocupa tres capítulos completos, el 5, 6 y 7.

Una cuestión penetrante

Pero hago aquí una pausa. ¿Podemos no concluir, a partir de dichos ejemplos, que en opinión del apóstol Pablo las Escrituras estaban inspiradas por Dios, incluso en sus más mínimas expresiones? Pongámonos entonces cada uno en la escuela del hombre a quien por el Espíritu de Dios se le había dado el conocimiento del misterio de Cristo, como a un sagrado apóstol y profeta. Ustedes que leen estas líneas, ¿a qué escuela adherirán? ¿A la de los apóstoles, o a la de los doctores de esta época? "Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad, y de las cosas que están escritas en este libro" (Apocalipsis 22:19).

El testimonio de Nuestro Señor Jesucristo

Pero por un instante permitámonos alejarnos de los apóstoles y volvemos hacia el Maestro. Preguntémosle qué eran las Escrituras en Su perspectiva. Y esta es la gran pregunta. La doctrina de una inspiración plenaria y completa se enseña tan claramente en la Escritura como la de la resurrección de los muertos. Esto debería en sí mismo sernos suficiente. Y sin embargo escucharíamos a nuestro bendito Señor mismo, y aprenderíamos la lección de Sus propios labios. ¿De qué modo apeló Nuestro Señor Jesucristo a la Sagrada Biblia? ¿Cuáles eran Sus opiniones sobre la letra de las Escrituras? ¿Qué uso hizo de ellas, Él que es su objeto e inspirador, principio y fin, primero y último? Él cuyo Espíritu Santo, dice Pedro, animó a todos los profetas del Antiguo Testamento, quien estaba en el cielo en el seno del Padre al mismo tiempo que se los veía habitando entre nosotros y predicando el Evangelio a los pobres. No dudamos en decir que si cualquier escritor moderno tuviera que citar a la Biblia, como lo hizo Jesús, con miras a deducir de ella cualquier doctrina, debería ser calificado de inmediato entre los más celosos partidarios de las doctrinas que ahora defendemos.

Un ejemplo instructivo

Me preguntan: ¿Cuál es su opinión de las Sagradas Letras? Y respondo: ¿Qué pensaba mi Maestro de ellas? ¿Cómo apelaba a ellas? ¿Qué uso hizo de ellas? ¿Cuáles eran sus detalles más pequeños ante Sus ojos?

¡Ah! Habla a estos inquisidores Tú mismo, Eterna Sabiduría, Palabra no creada, Juez de jueces. Mientras les repetimos las declaraciones de tu boca, muéstrales la majestad en la cual las Escrituras se te aparecieron, la perfección que reconociste en ellas, la estabilidad eterna que Tú les asignaste a su más mínima iota, y el imperecedero destino que sobrevivirá al universo, después de que los mismos cielos y la tierra hayan perecido.

No nos avergüenza decir que cuando oímos al Hijo de Dios citar las Escrituras, nos transformamos en dóciles creyentes en su inspiración divina; no necesitamos más testimonio. Todas las declaraciones de la Biblia son, sin duda alguna, igualmente divinas; pero este ejemplo del Salvador del mundo ha zanjado la cuestión para nosotros de una sola vez. Esta prueba no requiere de investigaciones largas ni eruditas; la mente de un niño la capta tan poderosamente como la de un docto. Si alguna duda asaltara tu alma, el tono de Su voz, a medida que el mismo Jesús habla de las Escrituras, aplastará tus escrúpulos.

Sigue a Nuestro Señor en los días de Su carne. ¡Con qué grave y tierno respeto Él sostiene constantemente en Sus manos “el volumen del Libro”, para citar cada parte de él y para señalar incluso sus versículos más breves! Mira cómo una palabra, una única palabra, ya fuere de un salmo o de un libro histórico, tiene para Él la autoridad de una ley. Advierte con qué confiada sumisión Él recibe *la Escritura completa*, sin jamás cuestionar su sagrado canon; porque Él sabe que la salvación viene de los judíos, y que bajo la infalible providencia de Dios, “la palabra de Dios les ha sido confiada”. Desde Su infancia a la tumba, y desde Su resurrección a Su desaparición en las nubes, Él lleva consigo a la Biblia, a Moisés, los Salmos y los Profetas. Los cita, los explica, versículo a versículo, y palabra por palabra.

J. URQUHART

Una Biblia totalmente inspirada

“Inspiración verbal” es una frase conveniente para expresar la creencia constante de la Iglesia de Cristo en que las palabras de la Biblia fueron puestas allí con la voluntad y la intención del Espíritu de Dios. Esto quiere decir que de algún modo (cuál, ningún hombre puede decirlo), el Espíritu de Dios llenó así y guió así al espíritu del hombre, que cada palabra fue colocada sobre la página del texto sagrado con un propósito divino. Es decir que cada palabra era la Palabra de Dios. No se trata de una teoría humana con respecto al origen de la Escritura; es una descripción divina. El apóstol nos dice que las cosas que el Espíritu de Dios le reveló, él las habló “no con doctas palabras de humana sabiduría”, sino “con doctrina del Espíritu” (1 Corintios 2:13).

Éste ha sido el entendimiento de las iglesias a lo largo de los tiempos. Lo reconoce cada predicador creyente y cada estudiante de la Biblia. Toma sus diccionarios griegos y hebreos, y diligentemente procura fijar el significado preciso de cada palabra en el pasaje con el que está trabajando. Cuando está convencido de haber determinado el exacto sentido de cada una, siente que tiene ante sí el pensamiento mismo del Espíritu de Dios.

Precisión absoluta

Puede que tengamos en un determinado lugar el registro de alguna expresión de un hombre; puede que sea de un enemigo de Dios, y no la expresión de Dios mismo. Pero se trata del registro de **Dios** sobre lo que el hombre dijo; un registro en cuya absoluta exactitud podemos confiar plenamente. Esto de ninguna manera excluye el factor humano, el carácter instrumental del hombre, en la inspiración. El Espíritu de Dios elevó al hombre a la cooperación con Él. El hombre estaba allí, con todas sus facultades aceleradas y ampliadas, y la expresión de su personalidad se imprime sobre esa obra suya, que se ha construido en la Biblia, con tanta claridad como en cualquier otra obra que hubiera realizado. Pero **Dios** estaba en la obra, al igual que el hombre. Dios estaba en la obra, dirigiendo e inspirando su totalidad.

No es un “dictado verbal”

Muchos escritores actúan en forma impetuosa en su tratamiento de esta aseveración sobre una Biblia plenamente inspirada. Dicen que "inspiración verbal" en una contradicción en sus términos; y que si a los hombres no se los dejara libres de escoger sus propias palabras, no podría haber **inspiración** de ninguna índole. En consecuencia, llaman a esta creencia "dictado verbal", como si representara que la Biblia fue entregada como una carta que un comerciante dicta a su empleado. Verdaderamente, esto es olvidar, o negar, el elemento sobrenatural en la Escritura. La inspiración es un milagro. No podemos decir **de qué modo** se hizo este milagro más de lo que podemos explicar de qué modo el pan se multiplicó al ir pasando de mano en mano en las multitudes, y alimentó a cinco mil hombres, además de las mujeres y los niños, a partir de unas pocas hogazas. Que el pan se había multiplicado de ese modo era incuestionable. La **realidad** del milagro quedó probada por la renovada fuerza de una multitud previamente desfalleciente, y por los doce canastos de fragmentos que quedaron de aquel banquete regalo de Dios. Pero **el modo** en que se hizo el milagro, ¿quién puede presumir de decirlo?

En un asunto de esa índole estamos frente a frente con la inescrutable obra de Dios. Estamos igualmente enfrentados con esa obra inescrutable en la inspiración. De qué modo la Palabra de Dios fue pronunciada por labios humanos no podemos decirlo, pero que el milagro se hizo ningún hombre puede

negarlo. La prueba está allí, en el banquete en el desierto. Una vez más, a los hambrientos los alimentan quienes por sí mismos no pueden producir provisión alguna. Hay pan en el desierto, que ningún hombre podría haber provisto.

La inspiración es un hecho, no una teoría

Por lo tanto, es fútil sugerir que creemos en un “dictado verbal”, o enumerar diversas teorías de la inspiración. Hay diversas teorías sobre la gravitación, como las hay de otras leyes naturales. Las teorías pueden estar equivocadas: puede que ninguna sea correcta, pero los *hechos* permanecen. Quienes son los suficientemente ingenuos como para tener *teorías* de la inspiración pueden verse desacreditados, pero su fracaso no afecta el *hecho* de la inspiración en mayor medida que los errores cometidos por un hombre que sufre de daltonismo alteran los colores de las flores. La Escritura misma explica todo lo que podemos comprender de este lado de la eternidad. Nos asegura que la teoría del origen meramente humano de cualquier parte o fragmento de la Biblia es un gigantesco error.

Autoridad divina inmediata

“La profecía no fue en los tiempos pasados traída por voluntad humana” (2 Pedro 1:21). Es decir, no hay ninguna palabra puesta en las páginas de la Sagrada Escritura que se deba meramente al deseo de un hombre de servir a Dios o de ayudar a sus semejantes. Esa no es la naturaleza ni la ley de la profecía. No provino en ningún momento (nunca provino en ninguna instancia) de la voluntad del hombre de exhortar, de reprender o de hablar. Aquí, por el contrario, está el verdadero origen de la Biblia, “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados – transportados – del Espíritu Santo”. Sus pensamientos se volvieron aquí y allá, no bajo el impulso de sus propios sentimientos, su propio juicio, o su propio genio, sino bajo el impulso del Espíritu Santo.

A esa doctrina se compromete la Escritura, y con esa doctrina coincide en todas partes. Las palabras son las palabras de **Dios**. Isaías, Ezequiel, Jeremías, Malaquías, pueden ser los hablantes cuyas palabras oyeron los hombres, o los redactores cuyas manos trazaron por primera vez las palabras que hoy leemos en las páginas sagradas. Pero las palabras son las palabras de Dios en un sentido tan verdadero y pleno como lo son de ellos. En cada caso, “Dios habló a los padres por los profetas”. Por estas aseveraciones la Biblia se sostiene o cae. La afirmación de una inspiración plena y omnipresente, que no es nada menos que una autoría divina diferenciada e inmediata, no es meramente nuestra teoría o creencia; es la enseñanza de la misma Escritura.

J. C. RYLE:

**Divinidad del Libro:
*Seis características distintivas de las Sagradas
Escrituras que demuestran su exclusiva
inspiración divina.***

Una vaga creencia en general de que la Biblia es un Libro inspirado es frecuente entre los cristianos. Muchos, sin dudas, no podrían explicar qué quieren decir, pero ya fuere que los hombres lo sepan o no, su creencia está bien fundamentada. Descansa sobre una colección de hechos que ningún hombre inteligente, educado y de mente franca puede negar.

(a) *Hay una extraordinaria profundidad, plenitud y riqueza en los contenidos de la Biblia, que es sobrenatural y supera al hombre.* Hay un completo abismo entre ella y cualquier otro libro que se haya escrito nunca. Arroja más luz sobre una vasta cantidad de temas de la mayor importancia que todos los demás libros del mundo en conjunto. Con audacia aborda asuntos que están más allá del alcance del hombre, cuando se lo deja por sí solo. Trata de cosas que son misteriosas e invisibles: el alma, el mundo por venir y la eternidad, profundidades que el hombre no puede imaginar. Todos los que han intentado escribir sobre estas cosas sin la luz de la Biblia han hecho poco más que mostrar su propia ignorancia. Van a tientas como los ciegos; especulan, adivinan, en general hacen la oscuridad más visible, y nos ponen en una región de incertidumbre y dudas.

La Biblia sola da una explicación razonable del principio y el fin del mundo en el que vivimos, un verdadero retrato del hombre, y sólo perspectivas de Dios. La Biblia sola nos muestra un remedio razonable y satisfactorio para los deseos y necesidades espirituales de los moribundos, y satisface los anhelos de conciencia al revelar a un Salvador. La Biblia sola explica el estado de las cosas que vemos en el mundo a nuestro alrededor. Hay muchas cosas en la tierra que el hombre natural no puede explicar. La Biblia puede decirle que el mundo está inmerso en la maldad, y que es vano buscar la perfección en el orden actual de las cosas. La Biblia le dirá que ni las leyes ni la educación pueden cambiar el corazón del hombre, que la naturaleza del hombre está caída, y que el mundo en el que trabaja está lleno de pecado. La Biblia le dirá que viene un tiempo de perfecto conocimiento, perfecta justicia, perfecta felicidad y perfecta paz, pero la Biblia le dirá que a este tiempo no lo traerá ningún poder sino el de Cristo en su regreso a la tierra.

Estas son cosas que los hombres no podrían encontrar en ningún lado excepto en las Escrituras. Probablemente no tengamos la menor idea de cuán poco conoceríamos sobre estas cosas si no tuviéramos la Biblia. Apenas conocemos

el valor del aire que respiramos, y del sol que nos alumbra, porque nunca hemos sabido lo que es carecer de ellos. No valoramos las verdades en las que hemos estado viviendo, porque no nos damos cuenta de la oscuridad de los hombres a quienes estas verdades no se les han revelado.

(b) Otro hecho es que hay una extraordinaria unidad y armonía en los contenidos de la Biblia, que es sobrenatural y supera al hombre. Todos sabemos qué difícil es hacer que tres personas cualesquiera cuenten una historia en la cual no haya ciertas contradicciones y discrepancias. Pero eso no pasa con la Biblia. He aquí un extenso libro escrito por no menos de treinta personas diferentes. Los redactores fueron hombres de todos los niveles y clases de la sociedad. Uno era legislador. Uno un rey guerrero. Uno un rey pacífico. Uno era un pastor, otro había sido publicano, otro médico, otro un fariseo, dos eran pescadores. Vivieron a intervalos a lo largo de un periodo de 1500 años, y muchos de ellos nunca se vieron cara a cara; y no obstante, hay una armonía perfecta entre estos escritores. El estilo y la caligrafía pueden variar, pero la mente que atraviesa su obra es siempre una y la misma. Todos cuentan la misma historia. Todos dan una versión del hombre, una versión de Dios, una versión de la vía de la salvación, una versión del corazón humano. Nunca se detecta una verdadera contradicción ni contraposición de opiniones.

(c) Otro hecho es que hay una extraordinaria sabiduría, sublimidad y majestad en el estilo de la Biblia, que superan al hombre. Aunque fuera extraño e improbable, los redactores de la Escritura produjeron un libro que incluso al día de hoy carece por completo de rivales. Con todos nuestros promocionados logros en ciencias y artes y aprendizaje, no podemos producir nada en literatura que pueda compararse con la Biblia. Incluso en este mismo momento en este siglo, el Libro se destaca enteramente en soledad. Hay en él un espíritu, un estilo y un tono de pensamiento que lo separa de los demás escritos. No hay puntos débiles, defectos, ni imperfecciones. No existe la mezcla de enfermedad y debilidades que se encuentran en las obras de incluso los mejores cristianos. “Santo, Santo, Santo” parece estar escrito en cada una de las páginas. Hablar de comparar a la Biblia con otros así llamados “libros sagrados”, como el Corán o el Libro de Mormón, es ciertamente absurdo. Sería lo mismo que comparar el sol con una lámpara, o el diamante Koh-i-noor con un pedazo de vidrio. Hablar de que la inspiración de la Biblia difiere sólo en *grado* de escritos tales como los de Homero, Shakespeare o Milton es sencillamente iluso. Hay un abismo entre la Biblia y cualquier otro libro, que ningún hombre puede entender. Al pasar de la Escritura a otras obras se está en una nueva atmósfera, y se siente como si se hubiera intercambiado oro por metal básico, y el cielo por la tierra.

(d) Otro hecho es que hay una extraordinaria precisión en los hechos y aseveraciones de la Biblia, que es sobrenatural y supera al hombre. He aquí un libro que ha estado ante el mundo por más de 1800 años, el periodo más atareado y cambiante que el mundo haya visto. Durante este lapso se han

hecho los mayores descubrimientos en ciencias, y las mayores modificaciones en los usos y costumbres de nuestra sociedad humana. Difícilmente haya una cosa en la que no se hayan descubierto fallas y puntos débiles, y difícilmente exista una institución que no haya atravesado un proceso de reformas, enmiendas y cambios. Pero en todo este tiempo los hombres jamás han descubierto un punto débil o un defecto en la Biblia. Los infieles la han asaltado en vano. Allí se yergue: perfecta, fresca y completa, como lo hizo al ser escrita muchos siglos atrás. La marcha del intelecto nunca la supera. La sabiduría de los eruditos nunca llega más allá. La ciencia de los filósofos nunca demuestra que la Biblia esté equivocada. Los descubrimientos de los viajeros nunca la condenan por errores.

¿Se ponen al descubierto las islas del Pacífico? No se encuentra nada que contradiga en el menor grado a la versión de la Biblia sobre el corazón humano. ¿Se saquean y exploran las ruinas de Nínive y Egipto? No se encuentra nada que subvierta ni un ápice de las aseveraciones históricas de la Biblia. ¿Cómo explicamos este hecho, el que un libro tan voluminoso, que maneja tan vasta variedad de temas, pueda estar tan libre de errores? Sólo hay una explicación para este hecho: la Biblia fue escrita por inspiración de Dios.

(e) Es otro hecho que en la Biblia hay una extraordinaria adecuación a los deseos espirituales de toda la humanidad. Satisface exactamente el corazón del hombre de toda posición o clase, de cada país y clima, de cada edad y etapa de la vida. Es el único libro existente que nunca resulta fuera de lugar ni anticuado. Otros libros después de un tiempo se tornan obsoletos y pasados de moda. La Biblia nunca lo hace. Otros libros se adecuan a un país o pueblo, y no a otros, pero la Biblia sirve a todos. Es el libro del pobre y del carente de educación, no menos que del rico y del filósofo, e igualmente valorado por los conversos de todas partes del mundo.

Más aún, es el único Libro que siempre luce fresco, rozagante y nuevo. Durante muchos siglos millones de cristianos individuales lo han estudiado y han orado con él, y miles de ministros lo han interpretado, lo han explicado y han predicado sobre él. “Padres”, “académicos”, reformistas, puritanos y teólogos modernos han cavado incesantemente en las minas de la Sagrada Escritura, y nunca las han agotado. Es una fuente que nunca se seca, un campo que nunca está yermo. Satisface los corazones, las mentes y las conciencias de los cristianos en el presente siglo tan plenamente como a los de los griegos y romanos cuando se completó por primera vez. Es todavía el primer libro que se ajusta a la mente del niño cuando empieza a aprender las cosas de Dios, y el último al que el anciano recurre al abandonar el mundo. En pocas palabras, se adapta a todas las edades, jerarquías, climas, mentes y condiciones. Es el único Libro que se adecua al mundo.

(f) Por último, pero no por ello menos importante, es un gran hecho que la Biblia ha tenido el más extraordinario efecto en la condición de aquellas

naciones en las que se la ha conocido, se la ha enseñado y se la ha leído.

¿Cuáles son las iglesias y organismos religiosos en la tierra que están produciendo los mayores resultados, difundiendo la luz y despejando la oscuridad? Los que toman mucho de la Biblia, la enseñan y predicán que es la Palabra de Dios. El romanista, el neólogo, el sociniano, el deísta, el escéptico, o los amigos de la mera enseñanza secular, no pueden mostrarnos vidas espiritualmente renovadas en todo el mundo como fruto de sus principios. Sólo podemos hacer eso quienes honramos la Biblia y la reverenciamos como la Palabra de Dios. Que también se recuerde ese hecho. El que niega la inspiración de la Biblia, que explique ese hecho si puede.

Pongo estos seis hechos sobre la Biblia ante mis lectores, y les pido que los consideren bien. Sobre cualquier otro principio además del de *sobrenatural e inspiración divina*, estos seis hechos me parecen inexplicables. Los hombres que escribieron la Biblia han dado al mundo un volumen que por su profundidad, unidad, sublimidad, exactitud, adecuación a los deseos del hombre, y poder de influir a sus lectores, es perfectamente incomparable. ¿Cómo se puede explicar esto? Sólo hay una respuesta: los redactores de la Biblia tuvieron ayuda y calificación divinas para el trabajo que hicieron. El Libro que nos entregaron fue *escrito por inspiración de Dios*.

A. A. HODGE:

En la era materialista actual, al pueblo de Dios se lo cuestiona constantemente con respecto a si tiene una fuente infalible de la cual puede derivar un conocimiento seguro de los propósitos y las obras del Todopoderoso. La respuesta protestante a esta pregunta es que las Sagradas Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, al haber sido entregadas por inspiración de Dios, son la única y suficiente regla de fe y juez de las controversias.

La inspiración es la influencia divina que, acompañando a los sagrados escritores por igual en todo lo que escribieron, aseguró la infalible verdad de sus escritos en cada una de las partes tanto en idea como en expresión, y determinó la selección y distribución de su material conforme al propósito divino.

La inspiración plenaria es una influencia divina completa y suficiente para garantizar su fin. El fin que se garantiza es la perfecta infalibilidad de las Sagradas Escrituras en cada parte, como registro de hechos y doctrina, tanto en pensamiento como en expresión verbal; de modo tal que aunque llegan a nosotros a través del carácter instrumental de las mentes, los corazones, las imaginaciones, las conciencias y las voluntades de los hombres, son no obstante en el sentido más estricto la Palabra de Dios.

Las Sagradas Escrituras en sí mismas claman ser la Palabra de Dios en su conjunto: "Toda Escritura es inspirada divinamente", y nunca sugieren distintos

grados de autoridad para sus diversas partes. La perfecta exactitud y concordancia de tantos autores, de diferentes épocas y naciones, que encontramos en las Sagradas Escrituras, en sí mismas exigen la asignación de una causa sobrenatural.



Sociedad Bíblica Trinitaria

Los objetivos de la Sociedad

Publicar y distribuir las Sagradas Escrituras por todo el mundo y en diversos idiomas.

Promover traducciones de la Biblia que sean exactas y confiables, utilizando el Texto Masorético hebreo para el Antiguo Testamento y el Texto Recibido griego para el Nuevo Testamento.

Contribuir a llevar luz y vida, a través del Evangelio de Cristo, a aquellos que están perdidos en el pecado y en la oscuridad de la falsa religión y la incredulidad.

Defender las doctrinas del cristianismo reformado, dando testimonio de la divinidad igual y eterna de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, un solo Dios en tres Personas.

Defender la Biblia como la inspirada e infalible Palabra de Dios.

Para la gloria de Dios y la expansión de Su Reino a través de la circulación de versiones protestantes y no corrompidas de la Palabra de Dios.

Visite nuestro sitio web en español:

www.SociedadBiblicaTrinitaria.org